

Y en unos breves instantes
 Cayó en tierra sin aliento.
 No conformó á los verdugos
 Contemplar al héroe muerto,
 Y agregaron nueva infamia
 A su crimen torvo y negro,
 Profanando como hienas
 Aquellos sagrados restos,
 ¡Arrastrando aquel cadáver
 Con una sogá en el cuello!....

IV.

Han corrido muchos años;
 Cambió la suerte de México;
 La paz derrama sus frutos
 Sobre nuestro fértil suelo,
 Y al recordar á los hombres
 Que con patriotismo inmenso
 Sacrificaron su vida
 Por salvar nuestros derechos,
 Es justo honrar la memoria
 Del esforzado guerrero
 Que con heróicas acciones
 Lavó sus sensibles yerros,
 Y que merece en la historia
 Las bendiciones del pueblo.

Enero de 1893.

TOMÁS MEJÍA

Á MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL SEÑOR GENERAL
 DON MARIANO ESCOBEDO.

I.

Mientras Juárez indomable
 va á los desiertos del Paso
 á defender su bandera,
 firme como un espartano;
 en México, sostenido
 por el invasor extraño,
 se erige un trono y le ocupa
 más que ambicioso, engañado,
 un ilustre descendiente
 del más grande de los Carlos.

Joven, soñador y apuesto
 asciende á lugar tan alto,
 sin ver que á lo lejos flota
 el pendón republicano,
 y sin recordar que el pueblo
 por quien se sueña llamado,
 en otro tiempo á un monarca
 lanzó del trono al cadalso.

Recibiéronle animosos
 los que el cetro le entregaron,
 y al entrar por nuestras calles
 fué tan grande el entusiasmo,
 que del nuevo rey los ojos
 no pudieron, deslumbrados,
 mirar que las bayonetas
 que lo estaban custodiando
 eran de extranjeras tropas
 capaces de abandonarlo.

II.

Joven príncipe, ¿á qué vienes?
 ¿Por qué dejas tu palacio
 en medio de las azules
 ondas del Mediterráneo,

como un nido de gaviotas
sobre un peñón solitario?

Este cielo azul no es tuyo,
no son tuyos estos lagos,
ni estos sabinos del bosque
que de viejos están canos.

Nada es tuyo, nada entiende
tu acento, nada ha guardado
cenizas de tus mayores
que en otras tierras brillaron.

Tu sangre azul no es la sangre
de Cuauhtemóc ni de Hidalgo;
cuanto te cerca es ageno,
cuanto te vela es extraño.

Príncipe noble ¿á qué vienes?
¿por qué dejas tu palacio
y aquellas ondas azules
de tu hermoso mar Adriático?

En medio de las tormentas
que se alzarán á tu paso,
cuando pronto te abandonen
los que te están custodiando,
hallarás como consuelo,
como abrigo, como amparo,
la firmeza y el arrojo
del soldado mexicano
que cumple con su bandera
satisfecho y resignado.

Torna príncipe al castillo
donde viviste soñando,
que por las gradas de un trono
subir se puede á un cadalso!

III.

Con inusitada pompa
en el ya imperial palacio
se celebran los natales
del reciente soberano.

Ya las guardias palatinas
de uniformes encarnados,
apuestos forman la valla
luciendo adargas y cascos.

Ministros y chambelanes,
consejeros y vasallos,

ostentan con arrogancia
sus pechos condecorados.

El salón de embajadores
por su lujo aristocrático,
recuerda á los que lo miran
de antiguos tiempos el fausto.

De pronto por todas partes
se extiende un rumor extraño
y es que las gradas del trono
el Archiduque ha pisado.

Diversas clases sociales
deben de felicitarlo
y ya están los oradores
por cada clase nombrados.

Un jurisconsulto experto
elocuente, pulcro y sabio,
es de la magistratura
el representante nato.

Le toca el lugar primero,
habla con acento claro,
con respeto se le escucha,
se le mira con agrado,
y estudio y saber revela
cada frase de sus labios.

Su discurso no fué breve,
su estilo elegante y franco
y al acabar dijo alguno:
¡Bien por Lares! anhelando
aplaudirlo, sin hacerlo
por respeto al soberano.

Con elegancia vestido,
al clero representando
se acercó un obispo al trono
y dijo un discurso largo
lleno de notas y citas
latinas, propias del caso.

Era el orador de fama
por su elocuencia y su rango,
célebre en aquellos tiempos
entre oradores sagrados.

«No estuvo corto Ormaechea»
dijo despues de escucharlo
alguno á quien ya cansaba
la severidad del acto.

Nuevo rumor se produjo
después en aquellos ámbitos
al ver que al trono llegaba
á paso lento un soldado
de cabellos y ojos negros,
tez cobriza, aspecto hurano,
descendiente de las razas
que en Anáhuac habitaron
antes de que la conquista
empobreciera á sus vástagos.

¡Formaba contraste brusco
la oscura tez del soldado
con la tez brillante y blanca
del archiduque germano!

Quedó el indígena absorto,
meditabundo y cortado,
sin articular palabra,
la frente y los ojos bajos.

¿Quién es? preguntó un curioso
y le respondió un anciano:

— Se llama Tomás Mejía
y es general reaccionario:
Viene á hablar por el ejército.

— ¿Y él hizo el discurso?

— Varios
le escribieron y ninguno,
según dicen, le ha gustado;
el que dirá lo habrá escrito
ó Muñoz Ledo ó Arango.

— Escuchemos.

— Trascurrían
unos minutos muy largos;
Mejía estaba en silencio
todo tembloroso y pálido,
en silencio los presentes
y en silencio el soberano.

De pronto ven con asombro
que el indígena soldado
abriendo los negros ojos
que brillaban animados,
perora sin dar lectura
al papel que está en sus manos.

— «Magestad» — calló un momento;
«magestad» — siguió turbado;

«magestad» — yo no he aprendido
«lo que otros por mí pensaron,
«pero si usted lo que busca
«es un corazón honrado,
«que lo quiera, lo respete,
«lo defienda sin descanso
«y le sirva sin dobleces,
«sin interés, sin engaño;
«aquí está mi corazón,
«aquí están, señor, mis brazos
«y en las horas de peligro,
«si al peligro juntos vamos,
«lo juro por mi bandera,
«sabré morir á su lado.»

Con lágrimas en los ojos
trémulo Maximiliano,
las fórmulas de la Corte
por un instante olvidando,
bajó del trono y al punto
dió al General un abrazo
que aplaudieron los presentes
con lágrimas de entusiasmo.

IV

Cayó el príncipe más tarde
y con él cayó el soldado
que le dijo esas palabras
lentos los ojos de llanto.

A Don Tomás le ofrecieron
del patíbulo salvarlo
y él respondió: «solamente
que salven al soberano.»
Un general victorioso,
de gran poder y alto rango,
que le estaba agradecido
por algún hecho magnánimo,
fué y le dijo: «yo podría
«lograr veros indultado;
«os estimo y necesito
«á toda costa salvaros.
«¿queréis que os salve? decidlo,
«que no me daré descanso
«hasta que al fin me concedan
«lo que para vos reclamo.»

—«Sólo admitiré el indulto
respondió el indio soldado,
si me viene juntamente
con el de Maximiliano.»
—Me pedís un imposible.
—Pues me moriré á su lado.
—Pensad que tenéis familia.
—Tan sólo á Dios se la encargo.
—Soy capaz de protegeros
Si os resolvéis á fugaros
—¿Y al Emperador?—No; nunca.
—Pues su misma suerte aguardo.
Y como lo sabe el mundo
juntos fueron al cadalso
y así selló con su sangre
lo que dijeron sus labios.

11 de Julio de 1890.

XOCHIAPULCO

AL GENERAL D. JUAN N. MENDEZ.

I.

¿Por qué tan precipitado
Se escucha el toque de alarma,
En los humildes cuarteles
De un pueblo de la montaña?
¿Por qué llegan tan veloces
Dejando sus pobres casas
Los hijos de Xochiapulco
Adonde fiero les llama
Con sus marciales acentos
El clarín de las batallas?
¿Por qué se pinta en los rostros
Esa expresión soberana
Que ilumina los semblantes
Con el fulgor de las almas?
Esa expresión, que en el mundo
El hombre á tener alcanza
En los instantes supremos

En que, cuanto tiene y ama,
Ofrece como holocausto
En el altar de la Patria?
¿Por qué los antes tranquilos
Hijos de aquella comarca
Con tan marcial continente
Empuñan las duras armas?
¿Quién se atreve de la guerra
La bandera ensangrentada
A clavar de aquellos montes
Sobre las cumbres más altas?
¿Quién pretende en esas rocas
Adonde anidan las águilas,
Profanar los patrios lares
Llevando muerte y venganza?

El invasor extranjero,
El que tras lenta campaña,
Hasta el mismo Xochiapulco
Tiende la pujante garra.
Con austriacos y franceses
El conde de Thun avanza;
Cuatro columnas caminan
Para combatir la plaza;
Son muchos los que se acercan
Y son pocos los que aguardan;
Mas si se cuentan los muchos
Los que son menos se bastan,
Y su arrojo no alimenta
Ilusiones, ni esperanzas.
Por eso cuando resuelto
Al sacrificio, los llama
El general Juan Francisco,
Que á los cuatrocientos manda,
Y tiene como segundo
En tan terrible jornada
Al General Juan Bonilla,
Que un espartano envidiara
Por su modestia, su arrojo,
Su saber y su constancia;
Acuden todos ligeros,
Y tomando la palabra
Juan Francisco, con voz firme,
De esta manera les habla:

II.

—Tantos son los enemigos
 Que sobre nosotros cargan,
 En cuatro grandes columnas
 Y todas de las tres armas,
 Que imposible es que resista
 La guarnición de la plaza.
 Y aunque el deber nos impone
 Y el patriotismo nos manda
 Morir antes de rendirnos,
 Defendiendo nuestra causa,
 Fuera sacrificio inútil
 Presentar una batalla,
 Que dará triunfo seguro
 Al enemigo que avanza;
 Y no es valor ni prudencia
 De un jefe, que siempre trata
 De utilizar el arrojo
 De gente tan denodada,
 Lanzarlos en lucha estéril
 A una segura matanza.
 Mas no quiero que tacharme
 Pudieran tal vez mañana,
 De que entrego al enemigo
 La población desarmada,
 Por eso, saber pretendo
 De todos la opinión franca.

—No nos consultes, responden
 Más de cien voces; nos basta
 Que tú mandes, y contentos
 Obedecer tus palabras.

—Pues bien, dice Juan Francisco,
 Antes que con torpe planta,
 El invasor extranjero
 Mancille aquí nuestras casas,
 Y llegue a nuestros hogares
 A desceñirse la espada;
 Supuesto que no podemos
 En número, y no en audacia
 Competir con los que vienen
 Y que han de tomar la plaza;
 No busquemos muerte inútil:
 Nos necesita la patria:

Fuera de aquí, en nuestros bosques,
 Y en los montes y cañadas,
 Aunque pocos, con astucia
 Podremos tener ventaja
 Y proseguir sin descanso
 Hasta que triunfe la causa.
 Pero el invasor no debe,
 Encontrando puerta franca,
 Llegar orgulloso al sitio
 Que su presencia profana.
 ¡Soldados! hoy en cenizas
 Se conviertan nuestras casas.
 El invasor llegue al pueblo
 Alumbrado por las llamas,
 Y contemple en Xochiapulco
 La prueba patente y clara
 De que no consienten yugo
 Los hijos de la montaña! —

III.

Aquel discurso escuchando,
 Los soldados se entusiasman,
 A sus jefes victorean
 Y la Libertad aclaman.
 En esos instantes mismos
 Se sabe que ya cercanas
 Están las gruesas columnas
 De la legión franco-austriaca.
 Comienzan a verse entonces
 Ligeras nubes que empañan
 Sobre los frágiles techos,
 Al flotar grises y blancas,
 Desde el más grande edificio
 A la más pobre cabaña.
 Se va el humo condensando
 Y en mil lenguas desatadas
 De fuego puebla el incendio
 Toda la extensa comarca.

Los soldados, las mujeres,
 Los niños, nadie descansa
 En la terrible tarea
 De quemar sus propias casas;
 Y cuando el fuego está en todo,

En revuelta caravana
 Emigran los moradores:
 Los ancianos á vanguardia,
 Y hombres, mujeres y niños,
 En agrupación compacta,
 Se ven del *Cuautecomaco*
 Sobre la vistosa falda,
 Semejando en el ascenso
 A las persiguídas águilas,
 Después... después..... con orgullo
 Miran surgir de las llamas
 El humo, como el incienso
 Que ofrecen ante las aras
 Del más sagrado y augusto
 Altar de la madre Patria!

IV.

Aquel montón de cenizas
 Leves, sutiles y blancas,
 Que el viento arrastró en su giro,
 Sembrándolo con sus alas
 Como un bautismo de gloria
 De *Tetela á Zacapoaxtla*,
 Volvió á levantarse luego,
 Como el fénix de la Arabia,
 Cuando la paz bienhechora
 Le prestó su sombra grata.
 Pero queda en sus campiñas
 Que el *Xochitonal* resguarda
 El recuerdo de sus hechos,
 La alteza de sus hazañas,
 Que los laureles no envidian
 De Sagunto y de Numancia,
 Y que en México repite
 Con noble orgullo la Fama.

LA CORTE MARCIAL

Á MI MUY QUERIDO AMIGO MACARIO RIVERO.

I.

Ancho sombrero tejido
 Con tule de nuestros lagos,
 Al que adornan dos pequeñas
 Hachas de plata en los lados.
 Al cuello suelta corbata
 Roja y tejida de gancho,
 Tejida según se sabe
 Por dedos diminutas manos,
 Que juntas semejan lirios
 Y sueltas parecen ampos.
 Amplia blusa, también roja,
 Con grandes botones blancos;
 Calzonera de velludo
 Y ceñidor de burato.
 Frente por el sol tostada,
 Grandes los ojos y pardos,
 La barba escasa y obscura,
 Pelo abundoso y castaño;
 Agil en los movimientos,
 Carácter resuelto y franco,
 Y diestro como ninguno
 En manejar el caballo,
 Durmiendo igual en las rocas
 Que en lecho mullido y blando,
 Y sin resentir los rudos
 Embates de tiempo vario;
 Decidor con las mujeres,
 Afable con los soldados,
 Provocativo y terrible
 Con los del opuesto bando,
 Y fuerte y ágil teniendo
 La edad viril de treinta años,
 De los cuales más de nueve
 A la patria ha consagrado:

Tal es Benito Ramírez,
Nata y flor de los chinacos,
Honra y prez de los jinetes,
De los valientes ornato,
Capitán de exploradores
De un cuerpo republicano.

Siempre con buena fortuna
En los lances que ha trabado,
De no salir victorioso
Escapó por un milagro.

Nunca sorprenderle pudo
El enemigo en su campo,
Pues llevaba como regla
Invariable del soldado,
Que en la guerra ha de dormirse
Cual las liebres, conservando
Siempre los ojos abiertos
Por lo que viniere al caso.

Pero á pesar de esta regla,
La suerte en su giro vago,
Las horas del infortunio
Sobre el guerrillero trajo,
Y una tarde en un combate,
Y por su arrojo llevado,
Entre huestes enemigas
Tanto adelantó su paso
Que al fin cayó prisionero
Cuando murió su caballo,
Y á la ciudad de Morelia
Entre filas le llevaron.

II.

En una desnuda sala
De las muchas de Palacio,
Se instalan con gran premura
Y con lúgubre aparato
Los oficiales que forman
Un tribunal que da espanto.

La corte marcial se llama,
Su solo nombre da pismo,
Que de sangrienta y terrible

Tan grande fama ha alcanzado,
Que á cuantos juzga sentencia
Sin remisión al caldalso.

Ni allí la inocencia vale,
Ni se cuenta un solo caso
De que saliera con vida
Hombre que cayó en sus manos.

Los trámites y defensas,
Peticións y alegatos,
Son fórmulas que no engañan
Ni á los mismos acusados.
Pocas horas son bastantes
Para preparar el fallo,
Y fallo y muerte es lo mismo
En los terribles estrados,
Que á la sentencia se sigue
La ejecución en el acto!

A tribunal tan sangriento
El capitán fué llevado.
Era una mañana alegre
Del alegre mes de Mayo.
El cielo estaba en Morelia
Limpio, azul, brillante y diáfano.
Llegó Ramírez en medio
De dos filas de zúavos,
Tan altivo y tan airoso,
Que interesaba mirarlo;
Clavó los soberbios ojos
En los jueces con descaro,
Ocupó, cual todo reo,
El toco, incómodo banco,
Cruzó la pierna altanero,
Dejó el sombrero calado,
Y una irónica sonrisa
Escapóse de sus labios.
Después de breves instantes
Se dió comienzo al sumario,
Que copio letra por letra
Tal como existe en los autos:
— ¿Confiesas que perteneces
Al cuartel republicano? —

.....

Siguióse un largo silencio
 Y los jueces agregaron:
 — Confiesas que muchas veces
 Has podido, disfrazado,
 Explorar el campamento
 Del cuerpo expedicionario?
 ¿Confiesas que has perseguido,
 Sin dar tregua ni descanso,
 A las tropas del imperio
 Que están Michoacán guardando?
 ¿Confiesas que á tí se deben
 Mil asonadas y escándalos,
 Que sirven á los bandidos
 En la montaña acampados,
 Que al que cojes no perdonas,
 Ni mides virtud ni rango,
 Pues por servir al imperio
 Ya lo declaras malvado?

A cada nueva pregunta
 Ramírez en aquel banco
 Tomaba actitud distinta
 De indiferente descaro,
 Pero al fin le hicieron tantas
 Y en ellas dijeron tantos
 Insultos, que, en ira ardiendo,
 De callar cansóse al cabo,
 Y así dijo, con palabras
 Que tronaban como rayos:

— ¿Para qué perder el tiempo
 Y estarme aquí preguntando,
 Cuando el francés me ha cogido
 Con las armas en la mano?
 ¿Cuándo saben que soy libre
 Y que siempre fui chinaco,
 Y ni doy cuartel ni pido
 Que me lo den los contrarios?

Si ya está la sepultura
 Mi cadáver esperando,
 ¿Para qué tantas preguntas,
 Ni tenerme en este banco?

Yo ya sé cuál es mi suerte;
 Ni me importa ni hago caso;
 Me matan de puro miedo;
 Mas me llevo al otro lado
 El gusto de haberlos visto
 Correr como perros galgos.

Así, pues, pocas palabras,
 Y que me lleven abajo:
 Ya verán cómo se mueren
 Los buenos republicanos,
 Y eso tengo que enseñarles:
 No pregunten más y vamos.

Solamente les advierto
 Que muchos hay en mi campo
 Que seguirán dando guerra,
 Mejores que yo, más bravos,
 Y que ni les hago falta
 Ni ustedes les dan abasto. —

Alzóse luego Ramírez
 Seguido de los soldados:
 A poco tiempo se oyeron
 Unos tiros en el patio,
 Y un nuevo nombre la historia
 Pudo escribir en sus fastos.

BIBLIOTECA ALFONSO DE...
 MEXICO...